

Operación Sacrificio Ilimitado

El 13 de abril de 2018, en el punto álgido de una depresión económica sin precedentes en Occidente desde las pestes europeas, una bomba sucia, cuya autoría nadie jamás ha podido probar, explotó en Houston. Perdieron la vida más de trescientas mil personas. De forma casi inmediata, Estados Unidos atacaba Irán, Afganistán y Corea del Norte exterminando a millones de seres humanos. Los chinos, ante el estado de guerra total, lanzaron misiles, que fueron interceptados, a Nueva York y Washington al tiempo que Pakistán invadía Cachemira y arrojaba decenas de bombas atómicas sobre la India, matando a la práctica totalidad de su población. Y de repente, el silencio. Cuando parecía que llegaba una cierta calma o que el mundo se detenía a respirar antes de continuar aniquilándose, el jefe de la Casa Blanca, Marco Rubio, fue asesinado mientras visitaba las ruinas de la ciudad texana. Fue un franco-tirador solitario contrario a la integración racial; es lo que se dijo, aunque tampoco nunca se pudo probar.

En medio del caos, los progresistas tomaron el poder en Estados Unidos tras un sangriento golpe de Estado en el que fueron ejecutados miles de americanos del Tea Party. Bajo el liderazgo de Barack Obama y Bill Clinton, se formó rápidamente una alianza de «naciones libres» donde estaban la Unión Europea, Gran Bretaña, Suiza, Noruega, Islandia, Croacia, Montenegro, Canadá, Israel, Japón, Corea del Sur, Turquía, Estonia, Bielorrusia, Australia y Nueva Zelanda. En Centroamérica y Sudamérica se libraron fulminantes guerras civiles entre los blancos partidarios del bloque occidental y sus detractores, conflicto que ganaron los primeros. Rusia cometió el error fatal de aliarse con la facción dominada por chinos, árabes y africanos. Solo sobrevivieron aquellos que quedaron cuando no tuvieron más remedio que rendirse.

Acto seguido, las «naciones libres» emprendieron la Operación Sacrificio Ilimitado. Durante un mes, estallaron bombas por todas partes, hubo refugiados, mutilados, escenas de un pavor y una destrucción jamás vistos. Hasta que una letal combinación simultánea de detonaciones atómicas en ciudades chinas, africanas y de Oriente Medio terminó abruptamente con el conflicto. Se calculó que murió aproximadamente la mitad de la población mundial: 3.000 millones de personas. Miles de especies animales y vegetales también desaparecieron. Los científicos lograron devolverlas a la vida cuando llegó la paz con el triunfo de Occidente. Tras la victoria, comenzó la segunda fase de la Operación,

en la que fueron ejecutadas sumariamente más de mil millones de personas más hasta llegar a la cifra considerada «ideal» según la doctrina de «supervivencia ecológica» adoptada por las potencias vencedoras, que consideraba la superpoblación como principal causa del conflicto. El Vaticano voló por los aires tras las protestas del Papa.

Entre las ruinas, surgió un nuevo orden mundial con el propósito de que jamás volviera a ocurrir nada semejante. Se decretó el fin del Estado Nación y el capitalismo y las multinacionales, que habían sufragado los costes de la victoria occidental, se repartieron el planeta. Se impuso un statu quo acorde con los «principios fundamentales» del nuevo sistema, el corporativismo, en el que la única religión admitida, el cristianismo, debía comprometerse para evitar la superpoblación. El inglés se estableció como único idioma para las comunicaciones oficiales, relegando a los otros como testimonios del folklore y el legado histórico. Los androides, a los que se denominó robots para dejar clara su inferioridad, comenzaron a ocuparse de todas las tareas pesadas. Así nació una nueva era en la que los ciudadanos se convirtieron en accionistas y su capacidad de decisión dependía de su poder adquisitivo.

Esta historia sucede en el año 2080 cuando, tras sesenta años de paz, los Guerreros de Marte, un oscuro y violentísimo grupo terrorista que reivindica el re-

torno a los Estados de la antigüedad, la restitución del catolicismo y los derechos de los robots, están amenazando un statu quo que se creía definitivo.

Primera parte

Los desamores robóticos

*Si yo hubiese crecido en algún sitio,
allí donde los días son más leves y esbeltas las horas,
te habría inventado grandiosa fiesta,
y no te tendrían así mis manos,
como a veces te tienen, recelosas y duras.*

Rainer Maria Rilke,
El libro de horas

El monstruo rosa

A Jakob le deja atónito llegar a casa y no escuchar cómo Paul lo saluda desde el salón mientras cuelga la chaqueta en el perchero. Todos los días, cuando regresa de la productora, sobre las ocho de la tarde, tras una jornada laboral que nunca dura menos de once horas, su marido le está esperando con una novela en la mano, sentado en el mismo sillón de pelo sintético rosa chillón, que Jakob llama el «monstruo rosa» o el «monstruo peludo» según el día. Y desde allí, lo recibe con un grito. El saludo de Paul, que tiene una voz ronca y estentórea, algunas veces suena fúnebre, otras enfurecido, amoroso o indiferente, pero lo oye claramente: «Hola, Jakob», puede decir, o muchas veces, «Hola, cariño», a veces con un deje irónico en el «cariño», como si se burlara de la palabra pero tampoco pudiera encontrar otra, y por su timbre Jakob puede calibrar el estado de ánimo de su taciturno marido.

Acostumbrado a este ritual, el sigilo del apartamento, situado en el puerto de Coca-Cola Light BCN,

le parece clamoroso. Como cuando en un estadio de fútbol de repente se produce un silencio que suena más fuerte que el griterío habitual. Aguza el oído. Algunos días, los menos, a Paul le gusta martirizarlo y ahí está escuchando rock a todo volumen. Lo encuentra dando saltos en el salón ensayando su *guitar air* enloquecido, a reventar de un público virtual que lo aclama gritando su nombre: «¡Paul, Paul!». Pero tampoco se oye música y es ridículo aguzar el oído, porque en esos casos parecería que se fuera a derrumbar la casa. Jakob se detiene un instante a mirarse en el espejo del recibidor mientras se desanuda la corbata y ensaya un saludo difuso que se acaba pareciendo a un gruñido, por si Paul no lo ha oído entrar. Pero continúa ese ruido ensordecido, ese silencio atroz que le agarrota el espinazo. Se acerca atemorizado al salón para desvelar el misterio.

El mobiliario, salvo algunos toques kitsch, como el infame monstruo rosa, aportados por Paul, que es incapaz de contenerse, está escogido de acuerdo con el gusto de Jakob, más sobrio; el blanco, el ocre, el marrón y el gris dominan una estancia de líneas horizontales con muebles antiguos y cojines orientales. Tan asustado y aturdido está Jakob que ni se acuerda de encender la luz o apagar el cigarrillo en el cenicero del recibidor. A Paul no le gusta verlo fumar y la existencia de ese cenicero es la última frontera que le permite a un hábito que le afea todos los días, martirizándolo. Pero esta vez no hay nadie para echarle en cara su adicción. El monstruo rosa está vacío y Jakob está a punto de pegar un grito.

Vocea su nombre varias veces, pero las palabras rebotan en las paredes solitarias. Lo busca en la cocina, en su cuarto, en el de los invitados, en el despacho e incluso en los lavabos. Consternado, da una orden al ordenador de su cerebro para que le comunique con él, pero antes de que salte el buzón, Jakob tiene la intuición de que será inútil. Se deja caer en el sofá ocre y se frota las sienes para tranquilizarse. Suspira. Abre la boca varias veces, como si la accionara desde el mentón y tratara de destaparse los oídos. El sillón rosa le observa, solitario. Paul, tan macho, tan viril, siente predilección por esa butaca escandalosa, casi fosforito, que a Jakob le hace daño a la vista. La trajo de iPad MHTN, hace cuatro años, poco después de que se trasladaran a este apartamento, y es motivo de disputa constante. Pero Paul no da su brazo a torcer, no está muy claro si por obstinación o por apego al mueble, y a esa hora de la tarde, antes de ver las noticias abrazados, él siempre está allí sentado, esperándole, leyendo una novela.

Revisa sus mensajes, hay más de cuarenta, pero ninguno es de Paul. La perspectiva de escucharlos (o aun peor, de verlos) lo deja tiritando. Se mete en el bar virtual del Facebook pero ningún amigo de Paul o suyo tiene noticias. Llama a la Smith que se ocupa de la casa, Sarah, que disfruta de su única noche libre (¿para qué necesitarán una noche libre los robots?, piensa Jakob), pero parece incluso consternada. También habla con el productor de la teleserie en la que trabaja Paul y con su agente, con el mismo desesperante resultado. Inclu-

so llama al gimnasio. Se imagina a su marido dando vueltas por el supermercado, ese lugar que le gusta tanto. De pronto, se ve a sí mismo de nuevo de pie, buscándolo por todas las habitaciones, incluso dentro de los armarios, deseando con fuerza que aquello sea una broma de mal gusto. Pasa una hora completamente enloquecido revolviendo por toda la casa como quien busca una bufanda y no un marido hasta que, finalmente, cuando está a punto de darse por vencido, Jakob baja al supermercado de la esquina para ver si lo encuentra.

Desde que se instalaron en esa casa, con frecuencia Paul se ha refugiado en el centro comercial cuando había tormenta entre ellos. Por algún motivo insondable (el marido ofrece una explicación relacionada con traumas de la infancia que al productor le parecen una tontería), adora los supermercados y se pasa todos los días un buen rato en ellos, escogiendo los menús caseiros que cocinará Sarah y deleitándose en el placer mismo de ver tanta comida junta. Ahí está Jakob, zigzagueando entre los pasillos como un poseído por el diablo, dándose empujones con señores trajeados con carritos y escrutando detrás de los estantes de la sección «carne ecológica» por si aparece el rostro desencajado de Paul, que siempre ha tenido tendencia a sumirse en periodos de tristeza y desencanto no tanto con la vida como consigo mismo, y muchas veces lo sorprende, cuando este cree que no lo ha visto, angustiado en secreto y desvaído en algún rincón del supermercado o alguna vez que

lo ha visto, en casa, cuando piensa que él está dormido y Paul se entrega con melancolía a sus tortuosos pensamientos. Pero Paul no está en el supermercado. El Jackson relaciones públicas, que conoce el nombre de todos los clientes habituales y los saluda por su nombre, se lo confirma. «El señor Walker hoy no ha venido aunque estamos deseosos de que nos visite», le comunica con una sonrisa. Jakob aprovecha el viaje y compra madalenas y leche. Ya que está solo, por lo menos se dará el gusto de saltarse la sempiterna dieta.

Jakob regresa a casa cabizbajo y lloroso. Al entrar en el apartamento, se acerca al minibar, se prepara un JB con Coca-Cola, enciende otro cigarrillo sin poder evitar una sonrisa de satisfacción e intenta recordar de nuevo si Paul le ha dicho algo por la mañana sobre sus planes nocturnos. Y recuerda que han acordado pasar una velada tranquila en casa viendo series abrazados en el sofá. Jakob está en un momento cumbre, terminando una película, la película que debe devolverlo a la cima, y llevan varios meses haciendo vida de monjes. Desde que comenzó a trabajar en *Sex and Lies*, su marido lo ha sometido al habitual acoso cuando está produciendo. Lleva varias semanas comportándose como un policía e incluso le controla el número de copas que bebe en casa, un celo que a Jakob le parece excesivo, pero que también agradece, como un niño pequeño que se regocija viendo a sus padres preocuparse por él.

Por mucho que intenta que su imaginación o su memoria le digan otra cosa, Jakob sabe perfectamente

las palabras que se dijeron por la mañana y que estuvo meditando sobre aquel plan tan sencillo y tierno mientras el Smith lo conducía hasta la productora, sintiéndose dichoso. Se vuelve a dejar caer en el monstruo peludo sin darse cuenta de que ese lugar no le corresponde y pasa unos minutos oscilando entre la angustia extrema y la sospecha de si aquella preocupación hiperbólica no delata un carácter afectado e inseguro que le duele ver en sí mismo. Como quien comprueba en cualquier situación de mínima emergencia que es un histérico, que no sabe mantener la calma, que tiene miedo, en suma.

Tras romperse la cabeza durante unos cinco minutos, vuelve a acordarse de los mensajes y aunque ya sabe que no hay ninguno de Paul, se pregunta si alguno tendrá que ver con los misteriosos acontecimientos. Activa su pantalla personal. Sonríe como un actor barato, intentando convencerse de que por fin dará con la clave que está buscando. Trabajo y más trabajo. Gente que pide cosas. Pero no hay nada que le dé ni siquiera una pequeña pista: ninguna invitación para esa noche, ningún evento relacionado con la serie de Paul ni con nada que pueda dar una explicación. Aunque tiene la premonición de que algo terrible está sucediendo, sin darse cuenta se encuentra contestando diligentemente los más de cuarenta asuntos pendientes que se acumulan en su buzón. Jakob puede tragar con los *e-mails*, pero no soporta los mensajes de voz y mucho menos los hologramas y los vídeos, que su televisor ya ha comenzado a re-

producir. Es un detalle que sus colaboradores muchas veces olvidan torturándolo con parlamentos larguísimos. Suele acumularlos durante días en los que se le va haciendo bola y algunas veces termina por pasárselos a su secretaria para que le haga un resumen de lo más importante. La simple idea de escuchar aquellas voces lejanas y monocordes, no digamos de ver los rostros graves de sus subordinados o proveedores, que tienen miedo a su carácter colérico, o incluso los más sonrientes de sus amigos, le genera una angustiosa ansiedad.

El trámite de esos más de cuarenta mensajes, que esta vez sí repasa de arriba abajo, se convierte, por tanto, en un suplicio. La mayoría son una retahíla de problemas menores dichos con timbre severo. Algunos son invitaciones a varias cenas o fiestas, a varias de las cuales jamás podrá asistir porque ya han sucedido. Se divierte, eso sí, viendo a su asistente, el jovencito Mark, un veinteañero con muchísima pluma que lo adora (aunque a Jakob no le resulta atractivo, con un flequillo lacio y una mirada que parece perdida en el vacío, como si no se atreviera a enfocar y prefiriera ver borroso), dar grandes explicaciones sobre un recado que le ha pedido por la mañana para esa misma tarde sabiendo que es imposible. Lo ha visto al mediodía, en la productora, comentarle de forma extensa sus gestiones. Después, en el restaurante de la esquina, sin perder un segundo, describiéndole algún tímido avance. Los mensajes de vídeo se suceden y se le ve cada vez más apurado y asustado, angustiado por si la falta de respuesta de Jakob se

debe a un enfado, cada vez más meticuloso en algunas invenciones con las que adornar sus esfuerzos, por otra parte, genuinos.

A pesar del inesperado espectáculo cómico, Jakob de pronto se siente culpable por haber esperado hasta ese día para dar respuesta a cuestiones no vitales pero sí más acuciantes. Durante un rato, se olvida de Paul y se pregunta si su amigo Peter Carson, el actor que protagonizó *Your Dementia*, estará molesto porque no lo ha felicitado, diez días después, por su primer hijo. Y lo tortura pensar qué demonios le quería proponer Simon Maxwell, porque había hasta cinco hologramas suyos en los que se le veía ansioso por hablar con él. Pensativo, se estira en el sofá ocre, que es el suyo, de cara a la librería y deja que pasen los minutos vagamente, cada vez más perdido y confundido en sus disertaciones contradictorias. Hasta que su mente se queda en blanco y se entretiene haciendo círculos en el aire con las yemas de sus índices mientras canturrea.

Poco a poco, mejora su ánimo. Ya no le preocupa su retraso en algunas respuestas. Al fin y al cabo, es el jefe y está bien hacer sufrir un poco. Se acuerda de su asistente, del jovencito Mark, y sonrío. Y duda si Paul se lo enchufó por feo o por ser su primo. Quiere fumar, pero tiene miedo de que su marido aparezca de un momento a otro y le monte un escándalo.

Vuelve a encender la televisión, pero le aburren las noticias (Apple ha ganado una guerra comercial a Windows y ha recuperado Nueva Orleans, que después

de llamarse brevemente Orleans-Excel ha pasado a llamarse Orleans-Safari en honor a su navegador de Internet; Hilton ha comprado los Alpes a Renault y va a construir una campana inmensa que los proteja del cambio climático para que se pueda esquiar todo el año) y le agota el ritmo fugaz de los otros programas: concursos, series de medio pelo como las que protagoniza Paul, el rey indiscutible del género, o espacios en los que se aborda la actualidad, que va desde la venta de armas hasta cuernos entre famosos, con un punto de vista irónico. Tampoco tiene fuerzas para leer. Así que no se le ocurre gran cosa aparte de volver a repantigarse, canturrear y dibujar círculos en el aire con las yemas de sus índices.

La luz, que penetra a través de los ventanales, se ha ido apagando. Jakob se ha quedado dormido. Se despierta de golpe, tras un sueño corto pero intenso de media hora, en el que Paul lo amenazaba con una pistola mientras él estaba atado a una silla. Como un zombi, se incorpora y se bebe otro JB cola. Se enciende un cigarrillo de forma casi instintiva, preso de una gran ansiedad, y después, cuando ya se ha espabilado, no puede evitar otra vez esa inquietud por ser descubierto en falta. Durante un segundo, desea que Paul no vuelva jamás y que pueda fumar y beber tranquilo en su propia casa el resto de su vida. Pero en el fondo se siente como un niño que da las caladas a su primer pitillo en el baño, espantado por si aparecen sus padres. Aunque en este caso Jakob ni siquiera revive aquella excitación

primeriza que no ha olvidado. Porque después de la rabia y el miedo, lo vuelve a acosar una tristeza que comienza a abrumarlo de una forma paralizante.

Aun faltan algunos minutos para que sea noche cerrada y la gente pasea por los muelles en parejas, algunas abrazadas. Hay grupos de amigos adolescentes en la zona de los bancos, de cara al mar, y sendas Yellows flanquean a un viejo en silla de ruedas. Todo parece tan normal, tan hermoso y tan tranquilo, en este día luminoso y feliz de junio en el que los accionistas se preparan con buen ánimo para las vacaciones, que Jakob no logra entender por qué tiene que fallar lo único que nunca falla. El monstruo peludo sigue allí, más ominoso que nunca, ahora que está vacío. Se sienta en él y acaricia aquellos pelos rosas acrílicos, algunos casi tan gordos como espárragos pequeños, como si fuera una prolongación dantesca de la piel de Paul. Desesperado, se coge la cabeza con las manos y lanza un grito tan alarmante que él mismo se queda impresionado.

Jakob es un hombre enamorado. Sabe que si llama a la policía lo tomarán por loco, no ha pasado suficiente tiempo. De todo modos, está convencido de que nadie más salvo la policía puede ayudarle. Paul, sencillamente, nunca desaparece. Siempre está allí. Algunas veces distante e incluso sarcástico. Pero no falla. Sin mucho entusiasmo, se vuelve a meter en el bar del Facebook en busca de los amigos de Paul. El lugar ahora está casi vacío y nadie sabe nada. Todos le tranquilizan, algunos no ocultan que la actitud de Jakob les parece

excesiva. Son las diez y media de la noche, se habrá retrasado por algo. ¿Es tan raro? Recapacita de nuevo. Se pregunta por qué siempre se le olvida pedir a su amigo el médico que le dé recetas para comprar calmantes. Se pregunta si tiene marihuana pero recuerda que la terminó hace un par de días, dando subrepticamente una vuelta a la manzana que justificó ante su marido diciendo que iba a comprar Ibuprofeno. Y esa misma mañana ha devorado el pastelito que, todos los días, le prepara Sarah, siempre tan atenta.

La gente tiene razón, no es tan tarde y Paul aun puede aparecer en cualquier momento. Recapacita. Pero es muy raro. Llama a la Smith y le pide que compre calmantes en una farmacia, que simule que su jefe está al borde del suicidio. Que lllore y patalee si es necesario, pero que se los traiga cuando llegue por la mañana, tan temprano como Jakob siempre se la ha encontrado en casa con la cofia al despertarse después de su fatídica noche libre. La Smith, diligente, le dice que no se preocupe. Nadie entiende, salvo la robot, que parece tan angustiada como él, que esa fidelidad de ocho años es al mismo tiempo su cruz y su esperanza. El motivo de su desesperación y quizá el único argumento para evitar pensar en lo peor, que su imaginación catastrofista comienza a ver como inevitable: ha sido abandonado. En un momento de angustia, no tiene más remedio que llamar a su suegra. Le contesta el Roquita, su padre, siempre tan cortés y poco expresivo. Le pide que le pase a su esposa, una mujer nerviosa a la que Jakob sabe

que nunca le ha gustado. Su reacción histérica empeora su estado de ánimo. Ambos deciden, como si fueran amigos, esperar por lo menos a la mañana siguiente para tomar alguna decisión.

Jakob vuelve a sentarse en el sofá con la copa en la mano y comienza a llorar como un idiota. La simple idea de pasar una noche sin Paul lo asusta como una reunión con el gerente de Coca-Cola. O peor, como una visita de su madre. Desde que lo conoció, ocho años atrás, jamás ha dudado un segundo de que estarían juntos toda la vida, por mucho que de vez en cuando se monten unas peleas tremendas o que Paul pueda humillarlo hasta límites grotescos. Recuerda de nuevo, aunque esta vez con una sonrisa amarga, que esa misma mañana, mientras conducía hacia su despacho, ha pensado que es el hombre más feliz del mundo. Jakob no solo es el productor de cine más importante de Coca-Cola, también tiene una vida social intensa, ha ganado el dinero suficiente para vivir a todo tren y está casado con un chico guapo e inteligente por el que se siente correspondido, de forma tortuosa y desde luego muy imperfecta, pero correspondido. Solo falta un niño. Ya lo han hablado.

Sin duda, a los 34 años, puede decirse que Jakob lo ha conseguido todo en la vida. Pero en este momento de angustia siente que su felicidad es frágil. Y por primera vez en muchos años tiene ganas de pegarse un tiro. Ese viejo deseo que lo ha acompañado durante toda su infancia y adolescencia. De hecho, todos los

días de su vida hasta que apareció Paul, radiante y hermoso, cuando él solo contaba 26 años y el mundo parecía deslizarse hacia la pendiente del abismo definitivo. Como ahora.